

Derramar vuestro tesoro
Por obsequiarme no es justo:
Iréme, y con gran disgusto
Si dais en prodigar oro.

Sé que os serv steis mandar
Regalar mucho á mi gente
Y el vulgo asaz maldiciente
Podrá de ello murmurar.

El Arabe. Murmure cuanto quisiere,
Mas pláceme antes de todo

(Porque amaros de este modo
No en mi extraño os pareciere)

Explicaros la razon

De esta amistad que os profeso.

D. Luis. Ansioso estaba yo de eso.

El Arabe. Pues estad con atencion

Aunque de Siria nacido

Bajo el abrasado sol,

Mucho ¡ay de mí! de español

Con la sangre he recibido.

Mi padre nació en la orilla

Del cristalino Genil,

Y lidió por Boabdil

Con las huestes de Castilla.

Al fin sucumbió con él

Y con su hacienda cargando

Pasó al Africa, llorando

Su enemiga suerte cruel.

Mas siempre con ella en guerra,

Siempre con él inconstante,

Desventurado y errante

Anduvo por mar y tierra.

Paró por último aquí,

Dióse en el último tercio

De su existencia al comercio;

Y en este tiempo nació.

Los españoles cantares

Con que lloró su fortuna,

Me arrullaron en la cuna

Al compás de sus pesares.

De Granada y de su historia

Las sentidas tradiciones

Son las primeras lecciones,

Y aprendí yo de memoria.

..... (1)

Y así pasaban sus días

En regalos y banquetes,

Prolongando sus orgias

Hasta el matutino albor.

Mezclando el lujo de oriente

Con la ilustracion de Europa,

Su vida va viento en popa

Por el golfo del amor.

(1) NOTA DEL AUTOR. La historia del mercader de Alejandria compone otra leyenda oriental, que por sus dimensiones ha sido forzoso suprimir aquí.

Las esclavas mas hermosas

Escogidas en Circasia,

Con todo el fuego que el Asia

Enciende en su corazon,

Allí á Don Luis encadenan

Con sus gracias seductoras,

Y allí se le van las horas,

Y con ellas la razon.

En el deleite adormido

Y en la molice, no piensa

En una riqueza inmensa

Que se disipa por él;

Y olvidase que su huésped,

Por mas que sea opulento,

Derrama el oro sin cuento

Por festejar á un doncel.

Esclavo de su indolencia,

De que resbala se olvida

Tan torpemente su vida

De una en otra bacanal:

Y que depuesto el decoro

De un caballero cristiano,

Vive como un africano,

Materialista immoral.

Y mientras él goza alegre

De su presente ventura,

Tal vez su gente murmura

Supersticiosa además:

Y hasta el capitan Gonzalo,

De su placer compañero,

Con su silencio severo

Se lo echa en cara quizás.

Don Luis advirtió sin duda

La boca de aquel abismo

Y en cuentas consigo mismo

A solas al cabo entró,

Y una mañana bajando

Del árabe al aposento,

Con irrevocable acento

Su partida le anunció.

«¿Tan pronto os vais?»

— Es preciso.

Rápido el tiempo se me huye

Y cada instante me arguye

Las pesadumbres que os doy.

Mañana me hago á la vela;

Mirad qué habeis de mandarme.

— ¿Tan pronto quereis dejarme?

— Resuelto á partir estoy.»

Súplicas, ayes, caricias

Y especiosas reflexiones

Fueron vanas tentaciones

Para el alma de Don Luis.

Y el mercader, comprendiendo

Que su afan seria inútil,

Dijole al fin desistiendo:

« Sea, pues, como decís.

Mas vano es que de mi casa

Salir su merced pretenda

Sin llevar alguna prenda

Que le recuerde mi amor.

Venid, español, conmigo,

Venid á mis almacenes,

Y escogeréis de mis bienes

Lo que os parezca mejor.»

D. Luis. Para jamás olvidaros

Me bastan vuestros favores,

Que son las prendas mejores

De vuestro amor para mí.

El Mercader. Esas escusas efimeras

No tienen para mí peso.

D. Luis. Buen moro, desistid de eso

Que no ha de ser.

El Mercader. Será, sí,

Sin una prenda elegida,

Yo partir no he de dejaros;

La mano no he de soltaros

Primero que la escojais.

Venid.

D. Luis. Os sigo á la fuerza

Pues que me llevais asido,

Mas á ello estoy decidido

É inútilmente porfiais.

El Mercader. Ya teneis ante los ojos

Cuanta riqueza poseo,

Ahora decidle al deseo

Que pida y sin poquedad,

Porque sin un don precioso

Que no avergüence mi mano,

Seguro estad, castellano,

Que no os vais de la ciudad.

D. Luis. Yo en permanecer en ella

Por vos forzado consiento,

Mas espiaré el momento

De partirme y la ocasion.

Y de vuestro amor entonces

No una amistad cariñosa,

Sino gratitud forzosa

Guardará mi corazon.

Sí, la amistad verdadera

La voluntad solo quiere,

Y la voluntad prefiere

Al maspreciado valor.

Vuestros dispendios me enojan,

Y si hemos de ser amigos,

Los cielos me son testigos

Que esa es mi prenda mejor.

Ni un hilo de este tesoro

Que aquí me mostrais admito:

Lo ya hecho es infinito

Y el oro me sobra á mí.

Vuestros pasados regalos

Son ya escesivos, y en ellos

He visto dones tan bellos

Como los que veo aquí.

Y en fin de obrar libremente

Os dejo absoluto dueño,

Mas tan tenaz es mi empeño

Que dél no me apartareis.

El Mercader. Está bien, pues tal cuidado

Os tomais por mi tesoro,

Cosa os daré que con oro

Adquirir nunca podeis.

Y así el mercader diciendo

Con paso acercóse grave,

A una puerta cuya llave

Volviendo con rapidez,

Mostró á la vista asombrada

Del generoso cristiano,

Un portento soberano

De lujo y esplendor.

No sus sentidos gozaron

En otra ninguna estancia,

Tan deliciosa fragancia,

Encanto tan seductor.

La luz del sol entoldaban

Pabellones de colores,

Y preciosísimas flores

Mirábanse en derredor.

Allí entorno de los muros

Veíanse blandos lechos,

De frescos tejidos hechos

Convidando á reposar.

Allí se oía el murmullo

De una fuente azafranada,

Que en una taza dorada

Se vertía sin cesar.

Allí á su riego crecían

En ricos jarrones chinos,

Los claveles purpurinos

Que el Cairo tan solo da,

Y el tulipan soberano

Que Stambul adora y cria,

Y la flor que á Alejandria

Siempre el Asia envidiará.

Aquella rosa esponjada

Cuyo esquisito perfume

El aire jamás consume

Ni le llega á evaporar,

Por la cual diera una hermosa
De la nublada Inglaterra
Cuanto mar cerca su tierra,
Cuanto oro coge en su mar.

Allí brotaba en cada ángulo
De la magnífica estancia,
Llenando con su fragancia
Toda el aura en derredor,
Y los huertos mas mezquinos
Profusamente la abortan,
Y las esclavas la cortan
Para darla á su señor.

Allí del galan Tenorio
La deslumbrada pupila
Desmenuzando vacila
Tanta opulencia oriental,
Y el agua, la luz, las flores,
Los naturales primores
Compiten con los mayores
De el oro, el jaspe, y coral.

Aquellos lechos de plumas,
Aquellos baños de plata,
La tornasolada y grata
Claridad que reina allí :
Los muebles que allí se ostentan
Y de los que ignora el uso,
A Don Luis tienen confuso
Sin saber lo que es de sí.

¿Qué son estos aposentos
Dó lujo tal se atesora?
¿Qué santo espíritu mora
En este abreviado eden?
Así Don Luis se decía,
Contemplándolo prolijo,
Cuando el árabe le dijo :
« Esto, Don Luis, es mi haren. »

Es el haren; allí el árabe
Del vulgo envidioso oculta
Su mas preciado tesoro,
El colmo de su ventura.
Bella mansion de deleites
Que solo el amor ocupa
Es el haren donde se hallan,
Santuario de la hermosura.
Santuario donde profanos
Penetrar no osaron nunca
Los ojos de ningun hombre
Con la cabeza segura.
Allí están no las esclavas
Que ante su señor se turban,
Sino las reinas que gozan
Con voluntad absoluta.
Las mugeres que á los moros

Les place tomar por suyas
Cual sus costumbres permiten
Y sus leyes no repugnan.
Allí, bajo techos de oro
Y pabellones de plumas
Para el placer se conservan
Encantadoras y puras.
Baños de esencias suaves
Su bello cuerpo perfuman,
Preciosas telas se visten
Y dulce són las arrulla.
Negras cautivas las sirven
Que por dó quier las circundan
Para su capricho esclavas,
Para su servicio muchas;
Jardines tienen abiertos
De frondosidad oscura,
Dó alegres pájaros trinan,
Dó frescas fuentes susurran:
Dó de los árboles altos
La espesa sombra confusa
El aura abrasada templa,
Y el sol entolda y ofusca;
Donde en hamacas de seda
Muellemente se columpian
Del céfiro acariciadas
Que en la hojarasca murmura.
Donde en el césped mullido
Al són de animada música
En danzas voluptuosas
Giran, se trezan y anudan.
Donde en los huecos que ofrecen
Mil artificiales grutas
Sus bellos cuentos de fadas
A oír y contar se juntan.
Y allí mientras la tormenta
Recia se desgaja en lluvias,
Y brilla con el relámpago
Y con el trueno retumba,
Con lámparas de alabastro
Allá en el fondo se alumbran
Y con cantares alegres
A la tormenta conjuran.
A una de aquestas mansiones
De artificiosa estructura,
Alcázar de la belleza
Y red del amor, fué en suma
Donde el mercader condujo
Con gran silencio y mesura
Al rico Don Luis Tenorio
Que su intencion no barrunta,
Y en una de estas mansiones
La mas lejana sin duda,
Pero la mas ostentosa
Que en sus jardines se oculta,
Fué donde encontró Tenorio
Tal vez para su fortuna
Cinco doncellas bellisimas

Cual él no las viera nunca.
Las veinte y dos primaveras
No cuenta acaso ninguna,
Aunque veinte mil hechizos
En cada cual se columbran.
Nacion y raza distinta
Su forma distinta anuncia,
De su belleza el carácter
Y el traje diverso que usan.
Gallarda la georgiana
Ostenta medio desnuda
Sus académicas formas,
Su tez sonrosada y húmeda.
Mas perezosa la indiana
Entre blancas vestiduras
Su piel de azabache muestra
Sobre un almohadon de pluma.
Los velos de oro que flotan
Hasta tocar su cintura,
Su triste mirar, su tez
Pálida como la luna,
Descubren á una italiana,
Que, aunque mucho disimula,
Por ver las playas de Nápoles
Cambiará cuanto disfruta.
Sus rizos espesos de ébano,
Negros ojos que circundan
Largas pestañas, sus manos
Blancas, redondas, menudas
Y su escaso pié que apenas
A sostenerse la ayuda
Descubren á una española
Aunque su origen oculta.
La dulce voz y el altivo
Acento con que pronuncia
Y su perfecto contorno,
Su frente que el ceño anubla
Y el cuchillo que colgado
Lleva siempre á la cintura
Por una zelosa griega
Dan fácilmente á la última.
Ante estas cinco bellezas
Que no conciben confusas
La causa que á un estrangero
Hoy traiga á presencia suya
Detúvose el mercader,
Y así á Don Luis que le escucha
Con voz resuelta le dijo
Que trecho no deja á dudas :
« Estas hermosas doncellas,
Don Luis, mis esposas son,
No me rehuséis el don
Que os quiero hacer de una de ellas.
Yo para mí las guardaba;
Si enojarme no quereis
Elegid la que gustéis
Para esposa ó para esclava.
Y ved que esto al escusar

Me vais hacer una ofensa
Tan solemne y tan inmensa
Que jamás podré olvidar.
Elegid pues. »

D. Luis. Dios no quiera
Que nuestra amistad un día
Turbe por desdicha mia
Mi resolucion postrera.
Una de ellas tomaré,
Y si al fin fuere gustosa
La tomaré por esposa,
Convirtiéndose á mi fé.
No sé que pueda apreciar
De mejor modo este don.
El Mercader. Ni yo que mi corazon
Lo pueda nunca olvidar.

Y aquí, despues de un minuto
De meditacion profunda,
Entre las cinco sultanas
Buscó Tenorio la suya.

Tendió su mirada incierta
Poco á poco de una en una
Y asió al fin de la española
La de las manos menudas.

Ni una palabra ni un gesto
Mostróle señal alguna
Que del árabe anunciara
Ni el gusto, ni la amargura.

Salió del haren en calma,
Y al elevarse la luna
Por el azul firmamento
Alzando montes de espuma,
Salió aquella misma noche
Del puerto en que se asegura
El barco en que van á Europa
Don Luis y la gente suya.

Y el mercader desde el muelle
Con desolacion profunda,
Por el través de dos lágrimas
Que sus pupilas le anublan,
Quedó mirando las velas
Que en precipitada fuga
Se llevan cuanto idolatra,
Y amor y amistad le hurtan.
Con ellas parte Zulima,
Y el árabe en su hermosura
Tenia puestos los ojos...
¡Malhaya á Dios su fortuna!

Secretos hay que debían
En el corazon quedar,
Y en el corazon ahogarse
Para no alzarse jamás.

Fiado en la buena causa
De su generosidad,
Su secreto puso el árabe
En las manos del azar;
Y la suerte, que de todos
Se mofa al fin por igual,
Atropelló su secreto
De su dicha sin piedad.

Don Luis eligió á Zulima,
La sultana que amó él mas,
Y con su amigo la bella
Los mares cruzando va.
Las amorosas palabras
Del sevillano galan
Pronto la harán olvidarse
De su cariño quizá.

Pronto al mirarse señora,
Pues nunca pensara tal,
Un amo en él, no un amigo,
Con desden recordará.

Pronto al ver que mar y tierra
Franco camino la dan,
Del rico haren el recinto
Como cárcel odiará.

Los bulliciosos placeres
De Europa y su sociedad,
Pronto el vacío que esconde
Su corazón llenarán.

Tal vez á su fé renuncié,
Pues gran tentación será
El interés de su dueño
Y el ansia de libertad.

En vano tiendes los ojos
Por el espumoso mar:
¿Cuál esperanza te queda?
Zulima no volverá.

En vano por las estancias
De tu palacio oriental,
La llamas con voz amante:
Ya nó te puede escuchar.

En vano sus veinte esclavas
Velando en su cuarto están,
Como si al fin le pudiera
Ella otra vez habitar.

En vano en tus tristes sueños
Continuo viéndola estás,
Que al abrazarla te se huye
Su vana sombra fugaz.

En vano ideas contarle
Al noble español tu afán,
Decirle cuánto la quieres,
Pues si él te llega á escuchar
Cual tú de tu hermosa esclava
Ya enamorado estará,

Y antes perdiera la vida
Que volvértela á enviar.

Y aunque, por ser como tú
Tan generoso y leal,
Devolvértela quisiera,
No lo llegara á lograr.
Ella es ya libre en España,
La ley la protegerá,
Y no ha de querer á esclava
Desde señora tornar.

Tal vez al impulso fiero
De este recuerdo fatal,
Hasta la fé en que naciste
Intentas abandonar:

Y triste y meditando,
Sin reposo y sin solaz,
Tu tristeza es tu alimento
Y tu esperanza la mar.

Más ¡ay! consúmeme aquella,
Y esta es tan poca y falaz,
Que entre una y otra, por último,
Te van á despedazar.

« Vuelve, ¡ay de mí! purísima gacela:
Vuelve, vuelve á tu haren de Alejandría
A cuyas puertas desolado vela
Quien de tus ojos en la luz vivía.

Sin tí, se agostan mis pintadas flores,
Sin tí, los ecos lastimeros gimen,
No alegran mi jardín los ruiseñores,
Ni brotan mis vistosos surtidores,
Que les falta el placer con que se animen.

No están conmigo ya tus compañeras,
¿Sin tí qué me valían?
Junto á mí, de fastidio se dormían,
Y las di libertad, y se alejaron
Como garzas ligeras.
¿No las amé jamás, ni ellas me amaron!

Vuelve, houri celestial, vuelve conmigo,
Y al corazón me volverá la vida:
Sin tí, no encuentro caridad ni abrigo,
Mi riqueza sin tí yace perdida.
¡Ay! no conocerías si volvieras,
Lo que fué tu mansion, que en pocos años
Se cambian las ciudades mas enteras
Y naufragan las naves mas veleras,
Por los mares estraños.

Misero y triste lloro
Y en abandono y soledad me veo,
Siempre agitado del fatal deseo
De morir á los piés de quien adoro.

¡Malhadada amistad! ¡dura venida
De quien mi amor robándome, me olvida!»

Llanto amargo vertiendo, así decía
El mercader, y así se lamentaba
Y su fortuna el infeliz veía,
Que al crecer su dolor, se disipaba.

Tales son de la suerte los azares:
El que en fiestas y danzas y cantares
Pasó un tiempo su plácida existencia,
Hoy presa del afán y los pesares
La arrastra ya vecino á la indigencia.
Descuidó su comercio en su amargura,
Su crédito menguó de día en día,
Y sus naves sorbió la mar bravía:
Uno tras otro sus amigos viles
En su infortunio al fin le abandonaron
Y sus mismos esclavos le robaron,
Y sus inmensos bienes
A manos de voraces acreedores
Salieron de sus ricos almacenes.
La carcoma inmortal de su tristeza
Minó su corazón, y la amargura
Trastornó su razón en su cabeza,
Y el árabe infeliz dió en la locura.

Su palacio y su haren pasó á otras manos,
Y el que opulento y poderoso un día
Asombró con su lujo á Alejandría
Escarnio fué tal vez de los villanos.

En vano el infeliz días y noches
De su antigua mansion en los umbrales
Lamentando pasó como un mendigo
Sus duelos y sus males:
No salió de una reja á los cristales
Su cuita á consolar un solo amigo.

Y flaco, y vacilante y macilento
Estaba el mercader como una sombra
Al pié de la pared del aposento
Donde otro tiempo holló morisca alfombra,
Y dó imperando resonó su acento.

Y así un día pasó tras otro día,
Y año pasó tras año,
Y probó cada día un desengaño,
Hasta que el pobre de vergüenza uraño
Huyó de Alejandría.

En una noche oscura aunque serena,
So lo y á lento paso
Se hundió en el mar de requemada arena
Del árido desierto de la Libia
Donde solo el zarzal vegeta escaso.

Y en su lejana soledad ardiente
Perdiéndose su sombra poco á poco,

Su memoria olvidó la ingrata gente
Y á hablar no se volvió del pobre loco.

Cinco años pasado habían:
Don Luis en fortuna próspera
De su estendido comercio
Los frutos en calma goza.
Vive en Sevilla y en ella
En rico palacio mora
Dó la mas alta nobleza
Con sus visitas le honra:
Vive en Sevilla, y con él
Aquella Zulima hermosa
Que á nuestra fé convertida
Con él se casó y le adora.
Dejó el turbante de esclava
Por una nupcial corona,
El haren por el palacio,
Por Jesucristo á Mahoma.
Cambió el nombre de Zulima
Por el nombre de Eliodora,
Y quien en Asia fué esclava
Vino á mandar en Europa.

Es una noche sombría
Y una callejuela corva;
Que acaba de San Francisco
En la plaza y desemboca;
Y aunque no está aquella noche
Avanzada en altas horas,
Las calles tiene desiertas
El recio viento que sopla.
Las rejas están cerradas
En torno la plaza toda,
De modo que ni una luz
Rasga la neblina lóbrega.
Solo en los anchos balcones
De una casa grande y sola,
Los cristales iluminan
Mil clarísimas antorchas.
Oyese música dentro
Y al compás de bulliciosa
Danza retiemblan los vidrios
A pesar de las alfombras.
A través de ellos de lejos
Se alcanzan tumultuosas
Las sombras de los que danzan
Ir pasando unas tras otras,
Una ilusión produciendo
Tan fantástica y diabólica,
Que desvanece los ojos
Y el corazón acongoja.
En esta casa y al són
De esta música sonora,

Que en quien la habita supone
Placer, opulencia y gloria,
A lentos pasos un hombre
Que las desdichas agobian,
En el portal penetrando
A la cancela se asoma.
Fatigado y macilento
Envuelve mal su persona,
En harapos que rechazan
Hasta el título de ropa.

Su frente erguida otro tiempo
Hoy hácia la tierra encorva,
Y bien se ve que á la tierra
La humillación se la dobla.
Y sus tosadas mejillas,
Su mirada melancólica,
La voz que del pecho arranca
Ronqueada y fatigosa
Bien á las claras demuestran
El dolor, que le destroza
El corazon donde hierven
Sus penas harto recónditas.
Llamó á la puerta en voz baja :
Y en voz amenazadora,
« ¿Quién va? » respondió un portero
Que los dados abandona.
« ¿Vive esta casa, y perdone,
Don Luis Tenorio?

— Aquí mora.

¿Qué quiere?
— Hablarle un momento.

— ¿Vos?
— Sí.

— ¿Vos, lo que no logran
Los nobles al medio día
Quereis lograr á estas horas?
¡Bah! ¡y ahora que está cenando!
¡Pues no faltaba otra cosa!
— Hacedlo por Dios, amigo,
Que no ha de pesaros.

— ¡Oiga!

¡Traerá visita del rey
El pordiosero!... malhora
Para vos, idos, buen hombre,
Que el tiempo no está de sobra.
— Por cuanto amais en la tierra
Y por mas que os sea incómoda
Mi exigencia, id á vuestro amo
A decir que una persona
Que ha atravesado buscándole
Las montañas y las olas,
Quiere tan solo traerle
Un amigo á la memoria.
— ¡Es también amigo suyo!
¡Voto á san Gil, que me enoja
Tanta insolencia! ¡Ea! tome,
Y agradezca la limosna.»

Y así diciendo el portero
Una moneda le arroja,
Y las espaldas le vuelve
Dando un portazo de cólera.

Quedó el miserable solo
Con el carmin de la honra
Sobre la faz, y en los párpados,
De llanto amargo, dos gotas.

Despechado é indeciso,
Un momento devorólas
Como pudo, y de ira trémulo
La faz, y la vista torva,
Dejó la casa diciendo :
« ¡Maldita sea la hora
En que conocí tu nombre,
Y oí la voz de tu boca! »

Y en el átrio de una iglesia
Que halló á aquella casa próxima,
Tendióse desesperado
Hasta la vecina aurora.
Llorando pasó harto tiempo
Males y desdichas propias,
Mas el cansancio rindióle :
Y poco á poco en las losas
Dejó tomar á sus miembros
Posición menos incómoda,
Hasta que en brazos del sueño
Perdió sentido y memoria.

En esto al átrio subiendo
Dos personas embozadas
Tiraron de las espadas,
Furiosa lid emprendiendo.

Duró la riña un instante,
Cayó sin un ¡ay! el uno,
Y en un callejon moruno
Entróse el otro adelante,

Y ni despertó el mendigo,
Ni se aproximó un curioso,
Ni duelo tan misterioso
Tuvo padrino ó testigo.

Allí uno de ellos quedó,
Y aunque en las sombras incierto,
Que de un golpe quedó muerto
Bien el alba lo mostró.

Esta asomó entre arrebolos
De púrpura como siempre,
Para el dichoso y el triste
Brillando indistintamente.
Lo hacia apenas el sol
Cuando á la voz de « ¡Cogerle!

¡Matarle! ¡villano! ¡vifame!
Los ojos abrió el inerte
Mendigo, que vió al abrirlos
Confuso tropel de gente
Que en su redor se apiñaba
Aunque la razon no entiende.
Cruzaron al fin la turba
De la justicia lebreles
Con sus varas en la mano,
Y el tribunal en los dientes;
Amenazando prisiones
Y olfateando á los pobres,
Por si faltan los culpados
Que no falten penitentes.
Y asiendo del miserable,
A quien dicen : « ¡Ese! ¡ese! »
Con ira le demandaron,
Mas sin que él los comprendiese :
« ¿Quién mató á ese hombre? »

— Y de un muerto

Pusieronle frente á frente.
« No le conozco, repuso
El hombre con calma viéndole.
— ¿Pues cómo estábais con él?
— Si dádole hubiera muerte
No me quedara á su lado. »
Y aquí irritada la plebe,
« Niega, gritó, ¡que le maten!
Todos lo han visto. ¡Prendedle! »
En vano tendió los brazos
Que le escuchasen pidiéndoles.

En vano á la resistencia
Quiso apelar muchas veces,
Teníanle bien asido
De los brazos los corchetes :
Y habían ido llegando
Del difunto los parientes
Por él pidiendo justicia,
Iracundos como sierpes.

Apenas muchos soldados
Bastaron á contenerles,
Y algunas manos lograron
Llegar hasta el delincuente.
Mas aunque bien su persona
De la multitud defienden,
Asióle uno de la capa
Andrajosa en que se envuelve,
Y con impetu tirando
Rasgóse de tal suerte,
Que vieron todos los ojos
Que bajo de ella mantiene
Revuelto calzon morisco,
Y jubon con puntas verdes.
« ¡Moro! » exclamaron al punto,
Y acreciendo doblemente
Se hizo el tumulto mas fiero
Por moro al reconocerle.
Abriéronse las ventanas,

Las puertas y los cancelos,
Toda Sevilla por ellos
Asomándose por verle,
Para gritar los muchachos
A los pilares subiéndose
Y en los puestos y casetas
Empinándose la gente.
Hubo sartas de insolencias,
Y diluvios de moquetes,
Codazos y pisotones
Y sangrias de alfileres,
Hasta que al fin por la plaza
Con lanzones y broqueles
Entraron por varias calles
A són de clarin, ginetes.
Y despejando la chusma
Lograron á solas verse
Con el difunto sus deudos
Y el reo con los corchetes.

En esto Don Luis Tenorio
Que á su balcón salió á verles
Bajo él al pasar el preso,
Gritó á la justicia : « ¡Ténganse!
— ¿Qué quiere el señor Tenorio?
Preguntó un juez descubriéndose.
— ¡Justicia!

— ¿Y en qué servirle
Aquí la justicia puede?
— En dar libertad á ese hombre
Que por Dios que está inocente.
— Ved lo que hablais.

— Está dicho,

El asesino no es ese.
— ¿Pues quién es?

— Yo, y me delato.

Que suban pues á prenderme,
Yo maté anoche á ese hombre
Por ocultos intereses. »

Enmudecieron de asombro
Los que se hallaban presentes
Unos á otros mirándose
Sin decidirse á creerle.
Los parientes del difunto
Por poderoso temiéndole
Y admirándole en silencio
Por generoso los jueces.
En esto bajó á la calle
Don Luis, y camino abriéndose
Hasta el reo, desatóle
Con un abrazo diciéndole :
« Subid, buen moro, á mi casa
Y dejad que á mí me lleven
En vuestro lugar ahora,
Que yo sabré defenderme. »
Tendióle el moro los brazos
Sin saber qué responderle,
Llamándole amigo suyo,

Y estrechándole cien veces.
Lloraba al ver tal escena
Enternecida la gente,
Y por la plaza reinaba
Triste silencio solemne,
Cuando á interrumpirle vino
Otro impensado accidente.
Un caballero embozado
Que estuvo de cerca oyéndoles
Sobre el semblante el sombrero
Y el embozo hasta las sienas,
En medio de la justicia
Presentóse de repente.
Desembozóse con brio
Y con voz serena y fuerte
Dijo : « Yo soy el que buscan,
Los demas son inocentes.
Yo maté anoche á Don Tello,
Testigos hay, que si quieren,
Dirán que salir nos vieron
Para reñir juntamente.
Nadie dará de esos dos
Con la ocasion de su muerte,
Y yo daré tales señas
Que duda en ella no deje.
Señores, idos con Dios,
Que si obrásteis noblemente,
No es justo que á pagar vayais
Lo que á mi me pertenece. »
Y así diciendo y la espada
De su cinto descindiéndose
A manos de la justicia
Se dió como delincuente.
Quedaron todos atónitos,
Y la justicia y la plebe
Sin concebirlo admiraban
En silencio y justamente
En Don Luis lo generoso,
Y en el otro lo valiente.
Y viendo tal hidalguía
En ambos á dos los jueces,
Teniendo en Don Luis el crimen
Por falsedad evidente,
Dieron su casa por cárcel
Y con su palabra fueronse.
Subieron los tres á ella,
Y los soldados volviéndose,
Volvió á llenarse la plaza
Con los ociosos de siempre.

¿Qué mas te importa saber
De este cuento? ¡oh buen lector!
Los abrazos que Tenorio
Al de Alejandria dió,
Del comerciante de Oriente
La magnífica oracion,
El asombro del incógnito
Que á Don Tello Arias mató,

De Zulima, hoy Eliodora,
El consiguiente rubor
Al encontrar otra vez
Al dueño que abandonó,
Y las dos mil zarandajas
Con que imberbe historiador
Emborronara papel
Y cansara tu atencion,
No son medlos que acomodan
A mi actual pésimo humor,
Para dar á mi leyenda
Competente conclusion.
Basta que sepas que á ruegos
De Tenorio se indultó
Del difunto Tello Arias
Al bizarro matador :
El cual á Don Luis Tenorio
Con fina amistad pagó
La vida que le debía,
Rendido á tan gran favor.
Que el árabe convencido
De que la fé en que vivió
La borrasca no calmaba
De su triste corazon,
A las aguas del bautismo
Su calva frente dobló,
Al sacro puerto acogiéndose
De la santa religion.
Confesó que era Mahoma
Un impúdico impostor
Y en lugar de las houries
Los ángeles adoró.
Don Luis le dió por esposa
A su hermana Doña Sol
Con la mitad de su hacienda
Y el tesoro de su honor.
Vivió feliz cuantos años
La existencia le duró,
Y aquí concluye mi historia,
¡Oh carísimo lector!
Solo me resta decirte
Que presto se acomodó
A las costumbres de Europa
Y convino en que es mejor,
Que tener cincuenta esclavas
Que maldicen su opresion,
Tener una muger sola
Con cariño y con honor.
Y es mas cómoda una cama
Que el mas mullido almohadon,
Donde se quedan las piernas
En el suelo y sin calor.
Y es mejor dormir en ella
Del vino la exaltacion,
En deliciosos ensueños
De pasajero vapor,
Que comer maiz en tortas
Y el alceuz y el arroz,

Y emborracharse con ópio,
Trepando luego á un balcon,
Para escitar en la mente
Delirio fascinador,
Que al cabo ataca los nervios
Y oscurece la razon,
Y torna á los hombres locos
O necios que es lo peor.

Con eso, lector, si hasta ahora
Gratos mis cuentos te son,
Dios me lo premie en el cielo,
Demándemelo sinó.
Con que si te placen cómpralos
Y con la ayuda de Dios,
Haremos cuantos pudiéremos
Entre el editor y yo.